

Agenda de guerra –*contra el terror más inmediato*

Hace unos días, concretamente el pasado 25 de noviembre, la periodista e historiadora **N. Armanian** se preguntaba, en un artículo titulado [Atentado de París: 13 preguntas y 24 reflexiones](#): “¿Cuáles son las mentiras de los atentados del 13 de noviembre de París para que el presidente Hollande utilice la palabra “guerra” en el combate contra el terrorismo? Pues que la “guerra” –despliegue militar– se declara entre Estados, y no de un país contra un grupo terrorista con sede y presencia en una veintena de países, incluida Francia.” Es el debate sobre el terrorismo, obviamente, en este nuevo embate de la autoridad del shock, el que se presenta como un asunto de interés general. Mientras que las discusiones sobre la crisis del sistema económico, la destrucción de la naturaleza y el avance tecnológico permanecen en el terreno de la objetividad más neutra y anónima (tienen sus propias causas, por lo que sus consecuencias nos son desconocidas), el terrorismo permite subsanar la dependencia de la forma-Estado en la siempre noble y soberana unidad de lo político. Ésta es, entre otras, la conclusión a la que habría llegado una cierta “filosofía del riesgo” actual –según [M. Korstanje](#) (2012).

Pero el de la unidad de lo político, sobra decirlo, es a todas luces un concepto agonístico: la lucha por el poder es y será siempre una relación de fuerza, jamás una abstracción conceptual. La representación que caracteriza a lo político, como símbolo popular o como significante vacío, es capaz, con todo, de sublimar la diferencia de clase y legitimar el totalitarismo. Y puede que por eso mismo Carl Schmitt resultara ser más útil que, por ejemplo, Max Weber para comprender la idiosincrasia del poder totalitario. En el presente, bajo éstas sus formas modernas de expresión y de dominación que son el dinero y la propiedad, el poder experimenta, sin embargo, una revolución radical. La tendencia histórica de esta revolución muestra, como señalaba **Helmut Trenkle** en una [conferencia](#) celebrada el mes pasado, dos caras: no sólo que se requiera cada vez menos trabajo para la producción de mercancías, sino también que hace falta cada vez menos producción de mercancías para la producción de capital. Ahora bien, y como sabemos también por esta misma crítica marxista de la crisis, el poder del capital financiero sobre la producción de mercancías y la forma-Estado es, en estos momentos, *total*.

¿Cómo no desconfiar, entonces, de lo político en tanto que vehículo o garante de la legitimidad? **Marx** decía que “la técnica encubre la relación del hombre con la naturaleza” (*El Capital I*, cap. 13, n. 89). Pues bien: en nuestros días podría decirse, en el mismo sentido, que *la política encubre nuestra relación con la economía, y que lo*

hace, además, de modo ininterrumpido. ¿En qué se ha convertido, si no, la arena pública internacional, sin ir más lejos, en los últimos meses? En la prensa de tirada española comprobamos, no sin espanto, que toda la propaganda electoral se mueve sobre terrenos sobremanera movedizos, a saber: sobre una *absoluta ignorancia de lo que constituye la crisis del sistema del dinero actual.* Una ignorancia que funciona, pese a todo, como “capital ficticio”, esto es, como un potencial político apto para cualquier ideología que se tenga a sí misma por “nacional” o “de Estado”. De ésta su espiral de silencio, trazada sobre las arenas del desierto capitalista, todos deben sacar un beneficio, pues de lo contrario se convertirían en revolucionarios viles y sangrientos, en el enemigo público número uno o, lo que es lo mismo, en terroristas suicidas.

Lo que parece suicida, en definitiva, no es sino la apuesta por el centro del tablero en un escenario de juego en el que el centro le ha sido reservado, desde su nacimiento mismo, a los amigos del capital. Y es éste, el Gran Capital, quien sigue siendo entretanto el gran ausente de la propaganda popular. El desaparecido como *proceso* de acumulación y renacido, en este su esplendor financiero, como *cosa*. El fin último de la compraventa de trabajo y, sin embargo, un fenómeno natural entre otros. El origen y el eje de la dominación de clase y, curiosamente, el gran inocente del sistema. No. El Capital no es esa *infernal machine* “cuya fuerza resulta hallarse en aquello que es más intolerable en ella” (Jameson, 2012, p. 217). El Capital es, antes bien, una sofisticada *máquina racional*. Pues lejos de resultar absurdo o carecer de una finalidad intrínseca, el proceso de acumulación de ese medio de la dominación social que está en poder de propietarios privado y que sólo subsiste mediante la apropiación constante e incesante de trabajo ajeno goza de una absoluta legitimidad social. Es el poder del dinero, la locura, la magia y el escándalo del que hablaba Marx en sus primeros escritos para *El Capital*, lo que representa la “base real” de la libertad, la igualdad y la propiedad (MEGA II/2, p. 61). El propio egoísmo del utilitarismo burgués más trasnochado y nauseabundo halla en ésta la forma general y abstracta del dinero el pretexto perfecto para su conversión definitiva en máxima moral universal.

En nuestros días, reconocidas firmas como las de **T. Piketty** y **J. Varoufakis** – sonados albaceas de Keynes en lo que llevamos de siglo–, salvo contadas diferencias, coinciden en lo mismo: todos insisten en la necesidad general de un impuesto universal al capital, de un “mecanismo global de reciclaje o de regulación de excedentes”. Para ellos, como también para Jameson y otros sofistas del *establishment*, lo intolerable no es el hecho de que la apropiación del trabajo ajeno, su acumulación en manos privadas por

un lado y su absoluta expropiación de poder social por el otro, sean la quintaesencia del paradigma jurídico-político de la sociedad burguesa. Lo intolerable es que la desigualdad, el desempleo y la precariedad, como ídolos del socialismo resentido que son, campen a sus anchas por el reino abstracto de la circulación simple, del mercado capitalista o de la ideología burguesa y por ésta su nueva era de esplendor neoliberal, especulativo o financiero. Ahora bien, ¿qué tienen ellos que decir sobre la apropiación del trabajo y su acumulación en manos privadas? ¿Por qué ese refinado eclecticismo, esa tan cacareada tesis del colapso del “marxismo tradicional” y finalmente ese rotundo, tácito silencio sobre la servidumbre, la opresión y la violencia de clase actual?

La guerra que ha acabado con más vidas en la historia de la humanidad no es otra que la guerra del capital contra el trabajo o, mejor dicho, de la propiedad privada del poder social contra la libre asociación de los individuos, las comunidades y los pueblos. El totalitarismo del dinero es el terror más inmediato. Sin una crítica inminente a esta forma política del poder social, sin una estrategia colectiva de reapropiación del espacio productivo, la agenda de la propaganda popular oscilará siempre entre el terrorismo y la crisis, o entre los desastres naturales y los progresos de la civilización. La libre asociación de los sujetos será otra robinsonada ingenua y utópica que poder contar un día a las generaciones venideras. Para entonces, decidir qué, cómo, con quién producimos, o cómo nos relacionamos y nos reproducimos, será no más que un sueño olvidado. La “barbarie de la reflexión” (G. Vico) habrá dado pie ya a la “legitimación de la barbarie”, y lo que se temía el protagonista de *El proceso* en su conversación con el cura tendrá lugar al fin: “la mentira se convierte en el orden universal” (Kafka).

En ésta nuestra agenda de guerra, sin embargo, el mito, la fábula, la historia, todas hablan de lo mismo: el devenir no es sino cambio, revolución, metamorfosis. Si el tiempo de la historia es el espacio de nuestra propia vida, no hagamos de este nuestro tiempo presente un proceso homogéneo, automático o vacío. No hagamos de la historia una causa perdida. Si el capital, hasta el momento, vence en toda batalla que se le presenta, es porque la guerra del trabajo es una guerra sin fin. *Ésta, y no otra, es la guerra que la libre asociación del trabajo ha de librar.* Su enemigo no es la naturaleza, no es la amenaza de los otros, no es la técnica. Ninguno de estos fetiches del discurso oficial tendría jamás la fuerza y la legitimidad suficiente para declarar la guerra al trabajo libre –y confiar en la victoria. El enemigo principal del trabajo libre es, y será siempre, *la burguesía*. Las revoluciones burguesas, en consecuencia, deberían ir ya empezando a dejar paso a la nuestra, porque *poco les queda*. ■